

SOMBRAS Y MUERTE EN *LOS SIETE LOCOS*, DE ROBERTO ARLT

Ángela Elena Palacios

El aire del cuarto le helaba la espalda. Se estiró con cuidado bajo las sábanas y se echó al lado de su esposa. Uno a uno se iban convirtiendo ambos en sombras. Mejor pasar audaz al otro mundo en el apogeo de una pasión que marchitarse consumido funestamente por la vida.

James Joyce, «Los muertos»¹

Es como si yo no fuera el que piensa el asesinato, sino otro. Otro que sería como yo un hombre liso, una sombra de hombre, a la manera del cinematógrafo. Tiene relieve, se mueve, parece que existe, que sufre, y, sin embargo, no es nada más que una sombra. Le falta vida.

Roberto Arlt, *Los siete locos*²

Cuerpos que descubren su extrañeza, su lejanía. Gabriel, el protagonista de «Los muertos» de *Dublineses* cerciorándose de que es una sombra al lado de otra, la de su mujer. Dos flacos contornos de vida insincera que no se conocen, pese a los años de vida en común. Gregorio Samsa despertando a la monstruosidad, convertido en sombra irreconocible en *La metamorfosis*. Erdosain, en *Los siete locos*, un hombre sombra arrastrado hacia la abyección y la noche por la negación social de su ser y convertido en imaginero de otro es-

1. James Joyce, «Los muertos» en *Dublineses*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 212. Traducción de Guillermo Cabrera Infante.
2. Roberto Arlt, *Los siete locos*, Buenos Aires, Losada, 1985, p. 73. A partir de ahora solo se anota la página en la que aparece la cita.

pacio donde el sufrimiento se anula. La ilusión también como sombra —como en el cinematógrafo—, el más benéfico tónico contra la melancolía.

En *Los siete locos / Los lanzallamas* — novela del doble título o díptico de los últimos tiempos de un antihéroe moderno³—, Roberto Arlt perfila la sombra alargada de Augusto Remo Erdosain que se proyecta en dos ámbitos. Por un lado en su vertiente degenerada —en su pensamiento se ejecuta una extraña carambola por la cual pretende hacer el bien a través del mal— revelada en su relación con lo exterior-real y surgida en reacción a la reiterada humillación infringida por la realidad —la realidad de la crisis de los ideales tras la primera guerra mundial, la realidad del desplazamiento de los inmigrantes en la sociedad argentina, la realidad de la pérdida de la fe y la transformación del hombre de creador en destructor—. La felicidad se esconde tras un biombo infranqueable y su búsqueda estará señalada por el delito —en sentido lato o figurado, es decir, delito contra el orden: gastar dinero absurdamente o subirse a un árbol para hacer el mono loco— para Erdosain, único camino de redención en la disparatada cotidianeidad que la supuesta realidad impone.

Por otro lado la sombra como proyección de un zootropo que gira y gira e ilumina sobre la mente fragmentos de imaginación. Esta sombra proporciona una regeneración de Erdosain a través del sueño, de lo extraordinario; una sublimación personal que se materializa en los inventos, en la participación en los proyectos megalómanos capitaneados por el Astrólogo, en los pensamientos alucinados que apuntan a ventanas alternativas de la realidad que nunca se abrirán; que ofrecen al hombre libre albedrío y una ruptura con la aparente predeterminación del mundo real. Que no son baratijas.

Este hombre acompañado de su doble sombra gusta del extravío por la ciudad. De los barrios acomodados a los zaguanes oscuros de sórdidos garitos. Requiere la huida de las miradas represoras que le impone el plano de la realidad, acusadoras en sus superiores de trabajo, crispadas en la locura que lo circunda, de soslayo en los rufianes que hacen cola en las salitas de los lenocinios. Su itinerario está marcado por un anhelo; concitar en su persona las miradas deseantes e individualizadoras de personajes quiméricos —millonarios con veleidades filantrópicas dispuestos a financiar sus inventos, damiselas vírgenes que se ablandan ante su persona.... Pero esta segunda búsqueda se inserta en una visión desde su lado imaginativo, desde esa percepción enajenada de la realidad que gusta perderse en los resquicios de la inconsciencia, en los rincones sudeste de las habitaciones en los que otro 'loco' como él, Barsut, gusta fijar su mirada contemplativa. Esta búsqueda estará también atrave-

3. En este ensayo haré referencia a cuestiones analizadas en el primero de los libros de este díptico *Los siete locos*, ya que no he podido realizar todavía una profundización suficiente en el segundo de los textos.

sada por un afán que va más allá del individuo, por una aspiración de pequeñísima burguesía que se mira en el espejo del imaginario inverosímil de la aristocracia, henchido de valores de pureza y bondad que dejan de lado la cotidiana inmediatez que desvela diariamente la contaminación que constituye la condición humana.

Este ideal aristocrático de incorruptibilidad dejará fuera su propio cuerpo, percibido como un elemento —cuyo volumen es de 70 kilos, como se repite con obsesiva insistencia— que mantiene a Erdosain lastrado a la materialidad, al sexo —visto como suciedad— a la horizontalidad aplastante de la realidad. Entre su cuerpo y su alma el personaje siente una disyuntiva, una distancia que se va incrementando a medida que avanza el relato. El personaje acaricia la muerte cada vez con mayor ansiedad —muerte cuya larva ya se ha introducido en su cuerpo en forma de tisis (p. 94)— hasta asirla mediante el suicidio.

El primer camino emprendido hacia la muerte nos habla de una aspiración a desprenderse del propio cuerpo a través de estados de enajenación —como la alucinación o la masturbación—. Como Hipólita quien opta por el erotismo, al que llega por la prostitución, como vía ascética hacia la muerte —en el sentido que apunta Bataille— busca el conocimiento y la libertad a través de las tinieblas. En las tinieblas transcurre su existencia rodeado de espíritus —de hecho el protagonista tiene «sensación de otro mundo» (p. 58). Del farmacéutico Ergueta se dice que «no es un hombre, sino un espíritu» (p. 218), el mismo Erdosain presiente que «su alma se había apartado para siempre de todo afecto terrestre» (p. 174). Los reconocimientos propios y ajenos de la muerte en vida de Erdosain llueven a lo largo de la novela, hasta en el largo letargo —especie de catalepsia del personaje— tras el cual el Astrólogo reconocerá ante el protagonista que «dormía que parecía un muerto» (p. 238). Se trata de un muerto que a lo largo de la novela habla consigo mismo para «cerciorarse de que en apariencia no estaba muerto» (p. 69). Como muerto apeetece la atemporalidad que le permita desarrollar una existencia en la que «el mañana no fuera la continuación del hoy» (p. 10).

Hacia el final de la novela, en un oscuro café en el que Erdosain desembochará tras su deambular, aparece el primer muerto ‘verdadero’ de la novela, el suicida de las gafas negras. En la imaginación de Erdosain se perfilan no pocos paralelismos entre la existencia de este personaje y la de él asesino, estafador... Se trata de un fantasma que le muestra el futuro —al modo del de Dickens en *Cuento de Navidad*— de un ser cuya existencia real será negada por el Astrólogo:

...pero, a propósito, ¿de dónde sacó usted esa historia del suicida del café? He visto los diarios de ayer a la noche y de esta mañana. Ninguno trae esa noticia. Usted la ha soñado (p. 238).

Efectivamente, Erdosain terminará asesinando a su amante y suicidándose como ya viera en el espejo del futuro que se le presentará en el eterno durmiente del café.

El protagonista sigue caminando en compañía de sus sombras que se proyectan sobre el pavimento y busca denodadamente el refugio en la noche, en la oscuridad, en ese mundo abismal más cercano al mal, la muerte y la locura. Rehuye el sol que encarna la autoridad, el mundo adulto —personificados en la figura del padre y del Astrólogo—:

Quien comenzó este feroz trabajo de humillación fue mi padre. Cuando yo tenía diez años y había cometido alguna falta, me decía: «Mañana te pegaré». Siempre era así, mañana... ¿Se dan cuenta?, mañana... Y esa noche dormía, pero dormía mal, con un sueño de perro, despertándome a media noche para mirar asustado los vidrios de la ventana y ver si ya era de día, mas cuando la luna cortaba el barrote del ventanillo, cerraba los ojos, diciéndome: falta mucho tiempo. Más tarde me despertaba otra vez, al sentir el canto de los gallos. La luna ya no estaba allí, pero una claridad azulada entraba por los cristales, y entonces yo me tapaba la cabeza con las sábanas para no mirarla, aunque sabía que estaba allí... aunque sabía que no había fuerza humana que pudiera echarla a esa claridad (p. 53).

Estrechó la mano del otro; el Astrólogo lo despidió en la gradinata y Erdosain, agobiado, cruzó la quinta. Cuando volvió la cabeza en las tinieblas, la ventana iluminada ponía un rectángulo amarillo suspendido en el centro de la oscuridad (p. 83).

Trauma infantil del personaje, asociará el sol en el plano de lo exterior real al terror, a la ansiedad que le produce la vida: «el terror luminoso que es como un estallido de un gran día de sol en la convexidad de una salitrera» (p. 14). En el pensamiento mágico de Erdosain, sin embargo, el sol tendrá connotaciones positivas:

Creía ver caminar, por las crestas de las nubes, grandes hombres con el pelo rizado y chapados de luz los verticales miembros. En realidad caminaban dentro del país de Alegría que estaba en mí. (p. 84)

Tras la penumbra, Erdosain inicia sus viajes terribles por la ciudad, la zona de la angustia, penetrando en los interiores de soportales sombríos en los que se alojan personajes excesivos, habitantes desesperados que se sitúan entre el mundo de los vivos y el de los muertos, que viven en la confluencia de «Ambos Mundos» —nombre que bautiza uno de sus puntos de encuentro—. Es la ciudad convertida, como describe Arlt en una de sus aguafuertes,⁴ en

4 Roberto Arlt, «El placer de vagabundear» en *Aguafuertes porteñas*, Buenos Aires, Losada, 1976. pp. 92-94.

«emporio infernal», en «escenario grotesco» por el que transitan sombras goyescas que abominan los sueños de la razón que les impone la sociedad, que preferirían, como Gabriel, el protagonista de «Los muertos», «pasar audaces al otro mundo en el apogeo de una pasión» antes que «marchitarse consumidos funestamente por la vida». ♦

TRABAJOS CITADOS

Arlt, Roberto, Dossier tomado de la *Revista Quimera* (referencia exacta no disponible).

— *Los siete locos*, Buenos Aires, Losada, 1985.

Cortázar, Julio, *Obra Crítica/3*, Madrid, Alfaguara, 1994.

Piglia, Ricardo, *Respiración artificial*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993, pp. 123-141.